

LA EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA

Mons. Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Disertación pronunciada en la sede de la conferencia episcopal española, el martes 17 de noviembre de 1992 en presencia de sus majestades don Juan Carlos I y doña Sofía, reyes de España.

La presencia de la Iglesia en Iberoamérica comenzó en diciembre de 1493 al desembarcar una tripulación de 1,400 personas que en 17 naves condujo el Almirante Cristóbal Colón, en su segundo viaje, desde el puerto de Cádiz hasta cierto punto de la costa norteña de una grande y hermosa isla, a la que el mismo Descubridor había llamado en su anterior viaje a la isla Española en señal de gratitud a la nación que había patrocinado su gesta descubridora. De España había brotado la aventura del Descubrimiento, y ahora patrocinado su gesta descubridora. De España había brotado la aventura del Descubrimiento, y ahora, más allá del Atlántico, en la isla caribeña apodada La Española iba allí a comenzar con el favor de Dios la sobrehumana empresa de la Evangelización del Nuevo Mundo.

Efectuado el desembarco y organizadas provisionalmente las cosas más elementales, Cristóbal Colón determina fundar en aquel paraje del litoral septentrional de nuestra isla Española el primer asiento europeo con carácter estable. Le impondrá el nombre de Isabela, en obsequio a la virtuosa e incomparable mujer de Castilla que entonces ceñía la corona de este

reino. En aquella población es donde comenzará a levantarse y ser reverenciada la cruz, símbolo de la redención humana, y a resonar el Evangelio. Y todo ello se inaugurará con la celebración festiva de la eucaristía el 6 de enero de 1494, documentada por la pluma de un escritor coetáneo cuando anota: "...el día que celebramos la solemnidad de los tres Reyes, se cantó la santa Misa..., con asistencia de trece sacerdotes" ⁽¹⁾. Ya tenemos aquí bien indicada la eucaristía que se celebró en La Isabela, como inicio de lo que era y sería la Evangelización. Porque como ha dicho un teólogo de nuestros días: "El sacramento está inseparablemente vinculado con la predicación, y la predicación forma un todo con el sacramento. La vida cristiana no puede consistir ni en solo anuncio y escucha de la palabra de Dios, ni en solo la celebración de los sacramentos. En el plan de Dios ambas cosas están unidas tan estrechamente, que vienen a constituir un todo único. Disociarlas con la pretensión de retener una sola de ellas es perder las dos juntas... Predicación y sacramentos se relacionan entre sí como el anuncio de una cosa y su realización". El Concilio Vaticano II nos enseña que "el sacrificio eucarístico es la fuente y cima de toda la vida cristiana". Por eso, desde cualquier perspectiva que se considere la vida de la iglesia, la Eucaristía tiene que estar siempre en el centro. Y si no aparece en el centro, ejerciendo su función de coordinar todo lo demás y dándole su plenitud de sentido, se tiene una prueba evidente de que la perspectiva tomada o es falsa o, si

(1) Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Década Primera, capítulo II, Edición Polifemo. Madrid, 1984, p. 26

originalmente era verdadera, fue deformada en su desarrollo y aplicaciones” (2).

Agradezco profundamente a Dios aquella eucaristía solemne porque ella era garantía y realización de la palabra divina que nos salva por el mismo Señor que sacramentalmente nos purifica o por nosotros se ofrece, actualiza en su misterio pascual y se nos da en comida de vida eterna.

Ese dato de los trece sacerdotes asistentes a la primera misa solemne del Nuevo Mundo, puede entenderse de doble manera: o como trece presbíteros en sentido estricto, o como trece individuos del clero, entre los cuales entrarían probablemente siete presbíteros y seis religiosos no-sacerdotes.

Conocemos ese personal muy imperfectamente, que se repartía entre franciscanos, mercedarios, un ermitaño jerónimo, y mínimos entonces recién fundados por San Francisco de Paula.

Entre los hijos de San Francisco de Asís sabemos de un “padre Fray Juan” (3), un Fray Rodrigo, a quien se le agrega el apellido Pérez, por cierta declaración de un religioso así llamado que hizo en la ciudad de Santo Domingo en el año 1514, en la cual dice así “que vino (a la Española) con el dicho Almirante don Cristóbal quando truxo los diecisiete navíos”, singularidad esta última que sólo corresponde al Segundo Viaje colombiano en 1493 (4); “Fray Juan de le Deule”, de la región francesa de Picardía (5) y el cual parece que era co-

(2) Arayando Bandera, O.P. Evangelio, Justicia, Caridad.

(3) P. Angel Ortega, O.F.M., *La Rábida* (4 tomos). Tomo II. Sevilla, 1925, p. 266.

(4) Ibid., p. 262

(5) Ibid., p. 263 y p. 303

munmente identificado por dos apodos: “el Borgoñón” y “el Bermejo” ⁽⁶⁾, y “Fray Juan de Tisin”, nativo igualmente de Picardía ⁽⁷⁾ De este par de franciscanos picardos asegura el P. Bartolomé de las Casas, que los conoció íntimamente, que “aunque frailes legos, eran muy bien sabidos y letrados” ⁽⁸⁾.

Podemos contar entre los religiosos pertenecientes a la Orden de la Merced a un sacerdote mercedario, “que el Almirante llevaba consigo” cuando en 1494 fue desde La Isabela a reconocer la costa sur de la vecina isla de Cuba; este era, por lo visto, “el P. Juan de Solórzano”. Pero con él se hallaba en nuestra isla Española en 1495 “el Padre Fray Juan Infante”, según consta en reciente estudio documentado⁽⁹⁾. Un “Fray Jorge”, respecto al cual los Católicos soberanos mandaron a Colón el 1º de junio de 1495 que le expidiera la necesaria licencia para que regresase desde la Isabela a España⁽¹⁰⁾, ha sido reconocido hace unos treinta años con “el padre maestro Fray Jorge de Sevilla”⁽¹¹⁾, miembro también de la Orden Mercedaria.

Agregamos a éstos un ermitaño de la Orden de San Jerónimo, “Fray Ramón Pané”, catequista incansable, “primer europeo de quien particularmente se sabe que

(6) Ibid., p. 263

(7) Ibid., P. 263

(8) Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias* (3 tomos). Tomo I. Fondo de Cultura Económica. 2 edic. México, 1965, p. 344

(9) Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*. Década Primera, cap. III. Ediciones Polifemo. Madrid, 1989, p. 36. -cfr. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*. (3 Tomos). Tomo I. Fondo de Cultura Económica, 2 edic. México, 1965, p. 388

(10) José Brunet, O. de M., *La Virgen de la Merced y sus diversos patronazgos en América*. Madrid, 1991, p. 314

(11) Ibid., p. 315-316

habló una lengua de América”⁽¹²⁾. Este humilde catalán legó a la humanidad “el primer libro escrito en el Nuevo Mundo”, titulado “Relación acerca de las Antigüedades de los Indios”, que tiene su poco de teogonía taína, su poco de usos y costumbres tanto religiosas como cívicas y su poco de relato sumario de la primera Evangelización. Fue compuesto entre abril-septiembre de 1498.

Por él sabemos que el propio Pané hubo de aprender la lengua taína necesariamente para poder predicar la fe a los naturales y traerlos mejor al conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo. También nos da la noticia de que fue el indígena Guaticábanu el pionero en aceptar la fe cristiana y el sacramento bautismar cuando en concisas palabras refiere: “El primero que recibió el santo bautismo en la isla Española fue Juan Mateo, el cual se bautizó el día del evangelista San Mateo el año 1496, y después toda su casa, en la que hubo muchos cristianos”⁽¹³⁾.

Tampoco deja Pané de subrayar algo importante: El indio llamado antes Guaticábanu, y ahora bautizado como Juan Mateo, se había transformado en su mejor auxiliar en la obra de predicar y catequizar a otros congéneres suyos. ¡Buena muestra del apostolado seglar y de que la evangelización nos incumbe a todos los cristianos!

También interesa notar que estos dos agentes de la Evangelización por el cacicazgo de Guacanagarix siempre respetaban en su tarea la libertad de los

(12) Fray Ramón Pané, *Relación acerca de la Antigüedades de los Indios*. Edic. de José Juan Arrom. Siglo XXI editores, S. A., México, 1974, p. 1, nota 1.

(13) *Ibid.*, p. 55

nativos, de modo que nunca efectuaban sobre ellos ningún tipo de coacción o imposición para que aceptasen el credo y los usos cristianos. Veamos, por ejemplo, un caso de lo que acabo de afirmar. Cuando cierto día Cristóbal Colón sugirió a Pané que se introdujera en el vecino cacicazgo de Guarionex para aprender su lengua, que era más general en la isla Española, allá marchó el catequista catalán con su inseparable Juan Mateo. Y narra Pané lo siguiente:

“Nosotros estuvimos... con aquel cacique Guarionex casi dos años, enseñándole siempre nuestra santa fe y las costumbres de los cristianos. Al principio mostró buena voluntad y dió esperanza... de querer ser cristiano, diciendo que le enseñásemos el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo y todas las otras oraciones y cosas que son propias de un cristiano. Y... todas las mañanas decía sus oraciones y hacía que las dijese dos veces al día los de su casa. Pero después se enojó y abandonó su buen propósito, por culpa de otros principales de aquella tierra, los cuales le reprendían porque deseaba obedecer la ley de los cristianos, siendo así que los cristianos eran malvados y se habían apoderado de sus tierras por la fuerza... Nosotros, viendo que se apartaba de su buen propósito... resolvimos marcharnos e ir donde mejor fruto pudiéramos obtener... Y así nos fuímos a otro cacique principal, que nos mostraba buena voluntad diciendo que quería ser buen cristiano, el cual cacique se llamaba Mabiatué”⁽¹⁴⁾.

Nada hay aquí que signifique presión y opresión sobre la conciencia de los taínos; todo es simple

(14) Ibid., pp. 50-51

proposición de la doctrina y costumbres cristianas para que el que quiera, libremente las acepte o rechace. Todo se desarrolla en un clima de libre albedrío y respeto mutuo, que es la mejor garantía para los brotes de la fe y la convivencia social entre humanos.

Es una verdad repetida con frecuencia en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles que todo pregonero de la Buena Noticia de la Salvación debe hallarse dispuesto a padecer lo que sea en su misión evangelizadora por el Nombre del Señor. Y como un paradigma de lo que acabamos de consignar, Fray Ramón Pané relata la muerte violenta que, tan pronto como él se ausentó a otra parte de la isla, hubieron de sufrir Juan Mateo y sus hermanos, por grupos exaltados de taínos, azuzados quizá por algunos “behiques” o brujos fanáticos de su misma raza. Y con sereno sentir nos dice que aquellos primeros mártires indígenas de América, sin ninguna cobardía ni apostasía, morían exclamando en su idioma nativo: “Dios naboría daca” que significa: “Yo soy siervo de Dios”. Y con este escueto relato de máximo valor testimonial, finaliza el conmovido Pané la memoria de aquellos primeros aborígenes convertidos de La Española, que derramaron su sangre por la fe de Cristo, no sin dejarnos el admirable catequista un grito de esperanza veinte veces secular: Pero “ahora hay muchos más (indígenas) cristianos por la gracia de Dios”.

De todo aquel grupo de pioneros evangelizadores conocemos un poco más al que era superior de ellos. Me estoy refiriendo al P. Fray Bernardo Boíl, hombre que había sido benedictino en su nativa Cataluña y después pasó a la recién fundada Orden de los Mínimos, llegando a ser vicario general de éstos en España. El

P. Boíl fue designado por el Papa Alejandro VI, a la sazón reinante, como delegado suyo y con amplísimas facultades para dirigir aquel conjunto de sacerdotes y religiosos y a la masa de colonos que iban a asentarse y poblar la isla España, de acuerdo a la bula Piis Fidelium, otorgada a favor de él en Roma, el 25 de julio de 1493, por el citado Alejandro VI.

Esto tiene, a mi entender, importancia excepcional, ya que ese grupo de sacerdotes y religiosos así como los 1,400 colonos que por primera vez desembarcaron en el litoral norteño de nuestra isla Española formaban de hecho y de derecho la primera iglesia que surgió en lo que actualmente es territorio de la República Dominicana. Porque esa Iglesia de América que aquí nacía no era una masa anárquica, ni siguiera una agrupación ordenada pero huérfana; a través del delegado papal que la presidía, la orientaba y se responsabilizaba de ella haciendo presente al sucesor del apóstol Pedro, la primera Iglesia de América nació como hija legítima de Dios, hija del Vicario de Cristo en la tierra, y... ¿por qué no decirlo?, ¡hija también de España!

Verdad es que a lo largo de nueve meses el P. Boíl tuvo desavenencias con Don Cristóbal Colón y, en sus ausencias, con su hermano Bartolomé o Diego Colón, como gobernadores titulares o suplentes respectivamente, y estima que el mejor remedio a situación tan enojosa será regresar a la metrópoli e informar de todo a los monarcas, no sin hacerles saber que él no está dispuesto a regresar a la isla Española. El 16 de febrero de 1495, Fernando el Católico dirige una carta a Garcilaso de la Vega. Su embajador ante la Sede Apostólica, verificándole que Fray Bernardo Boíl

vino enfermo de las Indias y no puede volver a ellas. Que su Santidad nombre otra persona, que ellos pondrán, con iguales facultades a las que poseía al P. Boíl⁽¹⁵⁾. Ignoramos si el Romano Pontífice la nombró o no a propuesta de los Católicos soberanos, pero el hecho es que el 9 de abril inmediato siguiente, don Fernando de Aragón escribe al Rvdo don Juan Rodríguez de Fonseca mandándole “que busque y envíe a La Española algún clérigo de buena conciencia y letras; pues Fray Bernardo Boíl no irá allá por ahora”⁽¹⁶⁾. Prueba de que la vacante dejada por el P. Boíl se llenó con toda legalidad es que el 12 de octubre de 1500 escribía un fraile franciscano, que en la isla Española andaba evangelizando, al cardenal Cisneros, y entre las cosas que le narraba le habla de un sacerdote, residente en dicha isla, que “tiene la autoridad del Papa”⁽¹⁷⁾. Sin duda alguna, se trata de un sucesor del P. Boíl cuyo nombre todavía desconocen los investigadores y cuya designación tanto había anhelado Fernando el Católico. No sería descabellado pensar ante estas referencias que ese presbítero siguiese siendo y actuando como delegado papal hasta el establecimiento de los primeros obispados en el Nuevo Mundo. Volvamos al hilo de la primera Evangelización de América. A pesar de que resultara

(15) cfr. P. Fidel Fita, S.J., *Fr. Bernal Boyl o el primer Apóstol del Nuevo Mundo*. Boletín de la Real Academia de Historia de España. Madrid, 1884, p. 199.

(16) *Obras de Don Martín Fernández de Navarrete* (3 Vols), Vol. I. -B.A.E., Tomo LXXV. -II, Doc. LXXXV. Madrid, 1954, p. 398. Para el Presbítero seleccionado por Fonseca el P. Boíl le envía un poder de él mismo.

(17) Consuelo Varela, *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*. Alianza Universidad, p. 289.

doloroso que el delegado papal y sus más inmediatos colaboradores abandonaran su campo de siembra de la Palabra de Dios, no hizo lo mismo el resto del clero. Sabemos con certeza que allí quedaron “el maestro Fray de Sevilla”⁽¹⁸⁾, los franciscanos picardos “Fray Juan de le Deule y Fray Juan de Tisín” y el ermitaño Jeronimita “Fray Ramón Pané”. Estos continuarían la tarea de anunciar el mensaje de salvación pregonado por Cristo en medio del maltrato que a veces les daban los Colón y de la terrible hambruna y epidemia que tuvieron lugar desde el comienzo del otoño de 1496 a la primavera de 1498⁽¹⁹⁾, y que produjeron la muerte de un gran número de colonos⁽²⁰⁾. Por eso su labor aparece verdaderamente heroica. Quizás debido a enfermedad o debilitamiento de sus fuerzas fue necesario que en 1498 abandonara ese grupo la isla Española y regresara a la metrópoli.

Empezó entonces la segunda etapa de la primera evangelización. Sólo sabemos documentalmente de dos sacerdotes diocesanos que en la primavera de 1498 arribaron a las costas de aquella tierra antillana:

18) En las “instrucciones” que la Corona dio al pesquisidor Juan Aguado, enviado a La Isabela para averiguar la verdad de las quejas sobre Cristóbal Colón dadas en España por el P. Bofl y sus compañeros, en el párrafo 8 de ellas se ordena al Almirante “que dexé venir a Fray Jorge y a don Fernando y a Bernardino Valenciano y a Miguel Muliarte, porque acá han quejado a Sus Altezas d’ello, diciendo que los tiene e maltrata” (cfr. Duquesa de Berwick y de Alba, *Autógrafos de Cristóbal Colón y Papeles de América*. Madrid, 1982, p. 5).

(19) cfr. Juan Gil y Consueño Varela, *Cartas particulares a Colón y relaciones coetáneas*, ob. cit., p. 273-274. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Tomo I. Fondo de Cultura Económica, ob. cit., p. 419 y 444.

(20) “Casi 300” señala Bartolomé de las Casas, ob. cit., p. 444.

Juan Domínguez y Juan de Caicedo⁽²¹⁾. Desconocemos su trabajo apostólico, salvo que el expresado Juan Domínguez, poco después de la llegada de don Cristóbal al puerto de la recién fundada ciudad de Santo Domingo, en el litoral de La Española⁽²²⁾, se mantiene en el séquito del Almirante y trata de mediar “como amigable componedor en las diferencias” del rebelde Francisco Roldán con el Almirante, no con mucho éxito⁽²³⁾.

En 1500 comienza la tercera etapa de la primera Evangelización, con la llegada de un nuevo gobernador a Santo Domingo Francisco de Bobadilla, que sustituye a Cristóbal Colón. Arriban entonces tres antiguos operarios franciscanos, Fray Juan de le Deule, Fray Juan de Tisín y Fray Rodrigo Pérez con tres hermanos más de su hábito: el toledano Fray Francisco Ruiz⁽²⁴⁾, Fray Juan de Trasierra y Fray Juan de Robles. Fray Francisco Ruiz es el que más se destaca por su labor catequizadora hasta el punto de caer enfermo, debiendo por ello regresar pronto a España. Los demás prosiguen su trabajo. Según Fray Juan de le Deule le dice en carta a Cisneros: “...sabrá cómo de la conversión de los indios..., de tal manera lo traía Nuestro Señor, que todos sin poner objeto alguno reciben el bautismo, en que... se han bautizado más

(21) Juan Gil, *El Rol del Tercer Viaje Colombino en Temas Colombianos*, Sevilla, 1986, p. 8. (22) Arribó el Almirante al puerto del Ozama. el 31 de agosto de 1498

(23) Bartolomé de las Casas, ob. cit., Tomo III, p. 97.

(24) Mayordomo del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros que, a su regreso a España y recuperado de sus dolencias adquiridas en la isla Española, fue nombrado obispo de Ciudad Rodrigo en 1509 y de Avila en 1514, donde murió en 1528.

de dos mil ánimas”⁽²⁵⁾. Esta cifra la levanta a “más de tres mil ánimas” Fray Juan de Robles en su misiva al mismo destinatario⁽²⁶⁾. De ahí que en un “Memorial” a los Reyes Católicos franciscanos les urjan a que “den forma y manera cómo vengan a esta tierra muchos clérigos y religiosos, para administrarles el sacramento del bautismo e los otros sacramentos, e para los enseñar e doctrinar, porque las gentes d’ella (de la isla) son sin número⁽²⁷⁾. Y los soberanos acogieron aquella súplica, cuando enviaron nuevo gobernador en la persona de Fray Nicolás de Ovando, de la Orden de Alcántara, con una flota más de 30 barcos y un contingente de 2,500 pasajeros⁽²⁸⁾ en calidad de nuevos pobladores, y sobre todo, un grupo de 17 franciscanos dispuestos a esparcirse por distintos puntos de la isla para anunciar el Evangelio⁽²⁹⁾. Fue un momento álgido en la predicación de nuestra fe católica.

Además de plantar 5 conventos tierra adentro de La Española, la Orden de San Francisco funda en sus mismos monasterios con el doble afán de enseñar a los hijos de los caciques indígenas, aparte del catecismo, las bases elementales de toda cultura. De aquellos centros docentes primarios salieron jóvenes taínos bien preparados para ser entre sus congéneres fermento de familias y sociedades cristianas.

(25) Juan Gil y Consuelo Varela, *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*. Alianza Universidad. Madrid, 1984, p. 286.

(26) Ibid., p. 288

(27) Ibid., p. 289

(28) Ursula Lamb, *Fray Nicolás de Ovando*. Sociedad de Bibliófilos, Inc. Santo Domingo, 1977, pp. 47, 77, 78.

(29) Mariano Errasti, *América Franciscana* (2 Tomos). Tomo I, Chile, 1986, p. 29.

Sin embargo en aquel tiempo surgió en La Española el repartimiento de indios en favor de los colonos hispanos. “Su finalidad era llenar las necesidades de mano de obra de las empresas agrícolas y mineras de los colonos y de la Corona. Jurídicamente se caracterizaba por ser un sistema de trabajo forzoso, sin contrato de salariado. Además de los indios repartidos y sin confundirse con ellos, prestaban sus servicios en los trabajos de la isla otros indios legalmente considerados esclavos por guerra u otra causa de derecho... El 20 de diciembre de 1503, recibidos los informes de Ovando, Isabel La Católica dictó en Medina del Campo una cédula que consagró legalmente los repartimientos de indios, aceptando... el trabajo forzoso de los indígenas, aunque se les debía pagar salario por ser hombres libres, como se había declarado desde los primeros años de la colonización”⁽³⁰⁾.

Tan dura disposición habíase dado para corregir la actitud de los tainos —inconcebible para un europeo— quienes no querían trabajar ni siquiera con paga, su aborrecimiento a la comunicación con los cristianos que injustamente se habían adueñado de sus tierras y su animosidad a ser doctrinados en las cosas de nuestra fe, animosidad que fomentaban calladamente algunos encomenderos para mejor explotar a sus encomendados haciendo que dedicaran al amo el tiempo que debían dedicar al aprendizaje de la doctrina cristiana.

Amparándose en esta compulsión estatal sobre el forzoso trabajo del indígena, los encomenderos fue-

(30) Silvio Zavala, *La Encomienda Indiana*. 2da edic. México, 1973, p. 14.

ron cometiendo abuso tras abuso hasta venir a parar en lo que más tarde diría un filósofo: “El hombre es un lobo carnicero para otro hombre”.

Aquello fue un golpe duro para continuar el éxito de la evangélica proclamación que con tan buenos auspicios parecía haber comenzado.

Pero si de España había venido este mal, de la misma España vendría el remedio.

En las postrimerías de septiembre de 1510 echó anclas en el puerto de Santo Domingo el barco que traía a La Española a los primeros frailes dominicos. Pudieron albergarse en una amplia enramada que les ofreció un caritativo vecino en el fondo del patio de su misma casa. Poco a poco fueron llegando otros grupos de religiosos de su Orden, de modo que en el espacio de un año pudieron formar una comunidad de 16 miembros. Hermanaron la pobreza más heroica con un elevado espíritu comunitario y con un apostolado dirigido al servicio del indígena.

Pero pronto extrañó a los hijos de Santo Domingo de Guzmán que los taínos fuesen tan reacios a vivir con los colonos y más que no gustaran de la predicación del Evangelio. A fuerza de oír a un encomendero convertido los atropellos que otros y él mismo habían cometido y seguían cometiendo con los indios, sintieron como en carne propia el dolor de aquella raza esclavizada, ultrajada con malos tratos de palabra y obra y silenciosa sobre todo para evitar la venganza de los poderosos en el caso de ser denunciados ante las autoridades. Lo que peor llevaban los taínos era que en virtud de los repartimientos se les arrancara a ellos de sus viviendas, que se les trasladara de un sitio a otro, separando así a la mujer del marido, a los padres de los

hijos, a los hermanos, de sus hermanos o de sus amigos y agrupaciones naturales.

Después de reflexionar sobre aquel problema social, los dominicos, dirigidos por su superior, el joven y virtuoso Fray Pedro de Córdoba, determinaron elevar una enérgica protesta por aquella injusta situación. Entre todos redactaron y firmaron un sermón contestatario. Por decisión del superior el P. Antonio Montesino se encargaría de predicarlo en la misa solemne del Domingo Cuarto de Adviento (21 de diciembre de 1511) en la iglesia mayor de la ciudad. Sin decir (qué) concretamente, invitaron con la debida antelación al virrey y gobernador de la isla, que lo era don Diego Colón y demás autoridades, así como a un buen número de encomenderos para que sin falta acudiesen aquel día al templo.

El predicador clamó aquella mañana célebre de este modo ante su auditorio:

“Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas con muertes y estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan oprimidos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dáis... se os mueren, o por mejor decir, los matáis por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los adoctrine y conozcan a su Dios y Creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto

no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto que en el estado en que estáis no os podéis más salvar que... los que carecen y no quieren ver a Jesucristo⁽³¹⁾.

Como podrá observar cualquiera, “el discurso de Montesino se fundaba en un principio humanitario y en el consejo filosófico cristiano sobre la naturaleza humana del indio, su condición de prójimo y su derecho a la libertad, por lo cual su prédica no iba sólo contra los abusos de los particulares, sino contra la institución autorizada por la Corona” ⁽³²⁾.

En opinión de un ilustre norteamericano, aquel sermón de la comunidad dominica de La Española fue un “primer grito a favor de la libertad en el Nuevo Mundo” ⁽³³⁾. Según Pedro Henríquez Ureña: “uno de los más grandes acontecimientos en la historia espiritual de la humanidad” ⁽³⁴⁾. Señaló, efectivamente, un viraje decisivo en la historia de América, porque a raíz de aquella prédica España comenzó a hacer lo que no ha hecho ninguna otra potencia colonizadora: criticarse a sí misma acerca de su actuación en el Nuevo Mundo a la luz de principios ético-jurídicos de profunda raigambre cristiana, para corregir lo que atentase contra la ley de Dios, contra las exigencias de la justicia y contra la dignidad de cualquier ser humano

(31) Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*. ob. cit. Tomo II, Libr. III, cap. IV.

(32) Silvio Zavala, *La Encomienda Indiana*. Ob. cit. p. 20.

(33) Lewis Hanke, *La Lucha por la Justicia en la conquista de América*. Edic. Istmo. Madrid, 1988, p. 33.

(34) Ibid., p. 33.

por ínfima que sea su cultura y extrañas sus costumbres. No deja por eso de ser sintomático que como fruto de aquel sermón naciesen también las primeras Leyes de Indias tratando de armonizar los justos intereses de partes contrapuestas, pero buscando constantemente salvar y sostener los de los más débiles y pobres. Todos esos esfuerzos, a veces dramáticos, para estar con el bien de los más marginados por encima de los egoísmos particulares, es lo que alguien ha llamado “La lucha por la justicia en la conquista de América”.

No obstante las protestas de todo tipo contra el sermón de Montesino, la primera comunidad domínica no cejó en su empeño de seguir abogando en pro de los derechos humanos de los aborígenes de allende el Océano, y en este sentido, ¡cosa singular!, están unidos todos los evangelizadores del Nuevo Mundo, con mayor o menor intensidad en sus reclamos o exhibiendo tácticas diversas para lograr ese humanitario y elevado objetivo. Los hechos y las palabras de miles de misioneros en esa línea se guardan en añejos papeles custodiados en el Archivo General de Indias.

Aquí no podemos preterir que España dio al orbe americano el más encendido defensor de sus aborígenes en la preclara figura del célebre obispo de Chiapas, Fray Bartolomé de las Casas. Representa este dominico un notable espécimen tanto del respeto con que rodeó su figura el Estado español de entonces, como de la libertad de expresión que de continuo le permitió, pues a pesar de las tremendas cosas que dijo, nunca se le molestó, ni persiguió, ni encarceló. ¡Óptimo ejemplo para los Gobiernos demócratas de hoy!

Los mercedarios arriban a La Española uno o dos



años después de los dominicos. Ninguna noticia ha llegado hasta nosotros acerca de su aporte, que estimo valioso, a la primera evangelización de la misma isla Española, como por ejemplo lo supo dar más tarde en tierras mejicanas el célebre Padre Bartolomé de Olmedo, capellán de Hernán Cortés, cuando criticó a que dos veces el indiscreto celo con que procedía derribando ídolos y templos de los aztecas nada más entrar en cualquier poblado de ellos. Su figura ha quedado como símbolo del respeto que debe guardarse hacia otras religiones sin por eso dejar de cultivar y anunciar la cristiana.

Algo más tarde comienzan los agustinos a hacerse presentes en distintas partes de América y también en las lejanas islas Filipinas. Consigo llevan la sabiduría preclara y el ardiente amor que brillaron en San Agustín, su padre, para proclamar el Evangelio eterno del Unico Redentor de la Humanidad. En la tierra mejicana escogen para ellos las áreas más difíciles para una penetración evangélica, de no muy abundante croniquería quizá, pero de grandes realizaciones calladas. Los padres Agustín de Coruña, futuro obispo de Popoyán, y Juan de San Román, son modelos de acción pastoral, no sólo en la formación de pueblos indígenas, sino en admitir a la comunión a los aborígenes que tuviesen el suficiente discernimiento de lo que es el pan natural y el pan eucarístico.

A la faena de la Evangelización americana se unirán después los soldados espirituales de la Compañía de Jesús. Llegan con aires renovadores. Renovadores de las enseñanzas básicas, porque las quieren llenar de un gran sentido humanístico. Renovadores de las enseñanzas de alto nivel académico, introdu-

ciendo en las aulas de las Universidades métodos estrictamente científicos, sentido crítico y exposición de los hallazgos entonces más modernos que mentes agudas han ido encontrando en nuestro cosmos para bien del ser humano. Renovadores del Espíritu, misionero perfeccionando las llamadas “reducciones”, inventadas por el humilde franciscano P. Luis de Bolaños, hasta un grado en que podemos decir de ellas que eran la mejor palestra de madurez humana y cristiana para los indios que a ellas se acogían.

Aquí tenemos la egregia figura del P. José de Acosta. A fines del siglo XVI sorprende a sus contemporáneos con su libro *De Procuranda Indorum Salute*, obra de sólido contenido pastoral que en alto grado contribuyó a perfeccionar el quehacer evangelizador. Tiene un continuador estudioso y fino observador en el P. Bernabé Cobo en todo lo que, en concreto, se refiere al conocimiento de la tierra y aborígenes del Perú.

La memoria del P. Antonio Rubio, filósofo de subidos quilates, o la acción misionera del dinámico e inquieto P. Eusebio Kino, evangelizador de alta talla, constituyen dos figuras cimeras: el primero en la Universidad y el otro en las tierras de Pimeria, Sonora y California.

El proceso evangelizador en el Continente alcanza un novedoso y máximo esplendor en Méjico. Ese proceso ha contado en nuestro siglo con la diestra pluma de un investigador francés, Robert Ricard, quien en su preciosa obra, *La Conquista Espiritual de México*, hace desfilar, entre una solidez científica y una erudicción proporcionada, columnas de misioneros, derroche de trabajos apostólicos, métodos bien

pensados para atraer a los indígenas a la fe y confirmarlos en ella, elenco de problemas que sorprendían a los pregoneros de Cristo, coloquios y juntas para hallar soluciones; todo esto y más constituye el arranque bien puesto de lo que es aquella querida nación que ha probado de sobra la robustez de su cristianismo con su perseverancia en el Credo católico, rubricada con la sangre de sus mártires de ayer y de hoy.

Los doce primeros franciscanos que allí entraron en 1524, denominados por eso “Los Doce Apóstoles”, forjaron con su acción evangelizadora una de las páginas más hermosas de la historia de la Iglesia. Su austeridad de vida iba a tono con su entusiasmo ministerial. Acogieron al indio para educarle, según sus inclinaciones, en el canto, música, teatro, orfebrería, encuadernación, hechura de libros, corales, tallas de piedra o madera, carpintería de lo blanco, historia de sus antepasados, incluso en el latín, por lo cual dos indígenas, entre otros alumnos de su Colegio de Tlatelolco, fueron catedráticos de nahuatl en la universidad de México, dominio de su lengua nativa, que corría parejo con el elegante modo de expresarse en latín según lo acreditan papeles de ellos escritos en ese idioma del antiguo Lacio que todavía permanecen inéditos en el repositorio indiano de Sevilla⁽³⁵⁾. No hubo, profesión y arte que no se les enseñara a los que desde tiempos inmemoriales sus ascendientes habían sembrado aquellas sus tierras con templos y pirámi-

(35) Esos dos nativos catedráticos de la Universidad mejicana fueron don Antonio Valeriano y don Pablo Nazarén. Fueron muy alabados en su tiempo por el magistrado español Alonso de Zorita en su Historia de las cosas de la Nueva España.

des, palacios y casas notables de magnífica hechura para sus ritos y fiestas paganas.

Los franciscanos hubieron de aprender las lenguas de las diferentes naciones que integraron el dilatado imperio de Moctezuma, dejándonos después, como fruto de su óptimo aprendizaje, un tesoro de gramáticas, diccionarios, catecismos, sermonarios y otros libros en esos distintos idiomas que los frailes hablaban con maestría perfecta.

Verdad es que hubo frailes ásperos en la enseñanza, duros en aplicar castigos a los alumnos perezosos u olvidadizos, comodones e iconoclastas de todo cuanto pudiera oler a religión azteca. Fue su desdichado modo de querer borrar resabios de rancias idolatrías y de acentuar la ortodoxia de sus cristianas catequesis. Sin embargo, resulta interesante que precisamente un franciscano casi desconocido, el P. Andrés de Olmos, fuese en aquel tiempo un investigador infatigable y excelente maestro de la religión, historia, leyes, costumbres, calendarios, fiestas, etc., de las etnias del primitivo México. Sus amplios conocimientos en esta materia Olmos supo recogerlos en su trabajo de antigüedades mexicanas y de una Suma sobre lo mismo extraída de ese Tratado, hoy desaparecidos lamentablemente. Pero Olmos da origen entre sus hermanos de hábitos a un movimiento indigenista de alta calidad que patrocinó y promovió mi antecesor en el obispado de Santo Domingo, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, cuando sin dejar de ser obispo de Santo Domingo tuvo que trasladarse por disposición de la Corona al Anahuac para fungir allí como presidente de la Real Audiencia de Méjico. Al paso marcado en materia indigenista por el P. Olmos mar-



chan a su lado Fray Toribio de Benavante (“Motolinía”), Fray Andrés de las Navas, y de esta corriente culta es de donde emerge la imponente figura del máximo historiador de la civilización mexicana precolombina, Fray Bernardino de Sahagún.

Los hijos de Santo Domingo forman falanges de predicadores en la zapoteca y mixteca, porque también dominan las lenguas peculiares de estas provincias. Sus “Doctrinas Christianas” se hacen famosas por ser bilingües y hasta trilingües, pero en ocasiones para su predicación tienen que echar mano también del idioma otomí, chochona, chontal, mixe, guatenicamana y cuicateca. Especialmente cubren en la mejicana Universidad las cátedras de teología dogmática y moral, llegando a editar obras en esta materia con competencia digna de su instituto religioso. Uno de ellos, el P. Francisco Marín, fue el que más trabajó por levantar a los indígenas de la postración social y cultural en que estaban. A indios de poblaciones mextecas, mal vestidos, reducidos a vida mísera y primitiva, los instruye y educa aún civilmente y les enseña a vivir mejor en comunidad. Dirige la edificación de templos y edificios públicos. Funda una caja comunal para los gastos generales e idea medios industriales para abastecer sus fondos, como eran los plantíos de nopales de grana, cultivos de seda, etc.; así, una contribución exigua de los particulares, asegura el bienestar de la comunidad. Abriendo canales a expensas de los ríos, beneficia los nopales y riega la tierra... haciéndola fértil. Años de cosechas escasas, generalmente no hacen sentir sus trágicos efectos” sobre aquellos indígenas mixtecos, “gracias a las reservas de los depósitos” (36). La lástima fue que el P. Marín no

(36) Lopetegui, S.J., Zubillac, S.J. *Historia de la Iglesia en América*. España B.A.C. 1248, p. 394.

tuviese continuadores entre los suyos en tan imponente labor social. De haberlo tenido, seguramente hubiese allí brotado hace tiempo una bien organizada “Escuela de Economía y Humanismo”.

Sobre los agustinos debo limitarme a la persona del P. Alonso de la Veracruz, insigne profesor de la mexicana Universidad. En opinión de un historiador de nuestro tiempo, su producción teológica es “obra no de intelectual abstracto, sino vinculado a las necesidades de los que lo rodean y ansioso de remediarlas⁽³⁷⁾. Discípulo del inmortal maestro de Salamanca, Fray Francisco de Vitoria, sí produjo un trabajo teológico de consistencia en su *Espejo de Matrimonios, además de sus Comentarios a las Epístolas de San Pablo y a teólogos clásicos*, compone un tratado sobre el dominio de infieles y la guerra justa, que es una filigrana de oro.

Una parte de este tratado, no hace muchos años publicado, mereció ser titulado así: “Alonso de la Veracruz, maestro del Derecho Agrario en la incipiente Universidad de Méjico”. De igual incidencia en la vida indígena es su *Tratado de los Diezmos*, en el que razonando con equilibrio a la luz de la fe, Veracruz, exonera a los indios de la obligación de pagar diezmos—sentimiento común de todos los misioneros— porque lo contrario impedía o debilitaba la conversión de los nativos. Como esta doctrina era contraria a la del arzobispo mejicano, ese tratado no vio la luz pública y poco después era llamado a España por orden de Felipe II. Así pudo asistir a la muerte de su buen amigo, Fray Bartolomé de las Casas. Menos mal que su superior logró que fuese devuelto a Méjico de donde injustamente había sido sacado.

(37) Ibid. p. 624

APORTES DEL PROCESO EVANGELIZADOR A AMÉRICA.

La evangelización del Continente no ha sido una siembra de la Palabra divina en el vacío, ya que la América cristiana de hoy no es otra cosa que la continuación en buena parte de la América cristiana que nació ayer.

Yo creo que lo primero que aportó el proceso evangelizador al Nuevo Mundo, por encima de encomenderos perversos y explotaciones sin medida —que de todo eso hubo allí como de todo eso hay aquí en la vieja Europa— fue la idea del valor de la persona humana. Esta percepción, de subido enfoque cristiano, veíanla los indígenas en la vida y actuación del buen misionero. El indio observa mucho y, generalmente, habla poco. Pero ante la actitud paternal y bondadosa, generosa y sacrificada, servicial y alegre del evangelizador, el aborigen pensaba ciertamente, aunque nada diga, que mucho valía Dios, pero que también mucho valía él para merecer que un ministro del Señor abandonara su lejana tierra nativa, familia, amigos y todo lo demás para dedicarse a él y a sus hermanos de raza con corazón abierto.

No extraña por esto que en algunas instituciones religiosas se cuidase mucho la elección de los evangelizadores que deseaban pasar más allá del Océano.

La Evangelización aportó al indígena y a sus comunidades esto que aquí se dice, por ejemplo, de un celoso misionero: “Enseñó a arar con bueyes, a hacer yugos, arados y corretas..., la manera de contar en cifras de guarismos en nuestra lengua y en castella-

no..., además enseñó a leer y escribir..., tañer todos los instrumentos de música, tecla y cuerdas, sacabuches y chirimías, flautas y trompetas y cornetas...; también nos enseñó todos los géneros de oficios... con los que sirve a poco costo y barato... aquella tierra, sin tener necesidad de oficiales españoles..., hasta muy perfectos pintores, y escritores, y apuntadores de libros” (38).

A la luz de esta descripción uno tiene que preguntarse por qué tantos indígenas hoy se mantienen en un estancamiento, por no decir “atraso”, digno de lástima.

Hubo misioneros que desdeñaron la cultura indígena. Pero otros hubo que la estudiaron y conocieron hasta en sus mínimos detalles. Sus análisis y datos transmitidos hasta nosotros en obras macizas por su valioso contenido son todavía hoy muy apreciadas e insustituibles entre etnólogos, historiadores e indigenistas. Ellos nos han dejado una firme guía para conocer bien las tres grandes culturas prehispánicas: Para la cultura azteca tenemos al franciscano Bernardino de Sahagún; para la cultura maya, al también franciscano Diego de Landa; y para la cultura quechua o del incanato peruano al jesuita Bernabé Cobo.

Pero por valiosas que sean las piedras y objetos o adornos muertos vale más infinitamente más, la fe en Jesucristo que nos han legado aquellos evangelizadores y que no obstante los horrores de la conquista —siempre inherentes, desgraciadamente, a fenóme-

(38) Revista del Instituto de Historia Eclesiástica. Facultad de Teología de la Universidad Católica del Ecuador. *Fray Jodoco van Ricque. Presursos Flamencos en Quito*, por Fray Agustín Moreno, O.F.M. Quito. (Ecuador), 1976, p. 51

nos sociales como este—o a tiempos de secularizantes y persecutorios liberalismos anticlericales que llegaron casi inmediatamente después, esa fe se ha mantenido, se va robusteciendo y fructificando para comunicarla a los demás en la dinámica pastoral de nuestros días, porque fe que no se propaga termina muriendo. La fe no es como el dinero, ya que si la fe se usa crece en grado sorprendente. Y en esta situación es como aumenta la esperanza. Mucho se los ha despreciado, humillado, explotado a aquellos nuestros pueblos latinoamericanos; mucho se nos ha engañado. Pero la esperanza nuestra, por el favor de Dios, sigue desarrollándose para encontrar en Cristo, sólo en Cristo, nuestra propia liberación.

Lo muestran esos papás indígenas que llevan caminando de rodillas a su primer hijo que acaba de nacer a presentárselo a la Virgen de Guadalupe en su mejicano santuario. Lo muestran esas columnas de devotos que recorren a pie y descalzos los 165 kilómetros que separan la capital de mi patria del altar en que se venera a Nuestra Señora de la Altagracia desde hace unos 480 años. Y lo muestran igualmente esas Comunidades de Base, esos Movimientos apostólicos y espirituales, esos Grupos de Reflexión, esos Centros de Formación Teológica y Escuelas de Crecimiento en la Fe, etc., etc., que paulatinamente van extendiéndose en cada país latinoamericano. ¿Para qué? Para aprender a vivir mejor como cristianos conscientes y para ser confiados y alegres en nuestra fe y en nuestra esperanza hacia el mañana menos racista y más igualitarios, con menos extremos sociales y más hermanados, con menos egoísmos y un poco más solidarios unos de otros.



A pesar de tantos idiomas y dialectos entre los aborígenes puros dentro de una nación latinoamericana de hoy, resulta muy práctico y eficiente que tengamos en este inmenso Continente algo que no posee el mosaico de naciones de Europa, como es una misma lengua, la lengua de Castilla. Por lo cual, desde el río Grande al norte, que sirve de frontera con los Estados Unidos de Norteamérica, hasta la Tierra del Fuego en la extremidad del cono sur, exceptuados los pequeños Estados de Bélize, de Jamaica, Haití y de las Guayanas y del Brasil junto con las diminutas Antillas Menores, en todo el resto de los países hispanoamericanos únicamente se habla idéntico idioma que el de ustedes. Y en el área hispanoparlante los nativos genuinos o son bilingües o hablan el castellano con la misma sonoridad que aquí y que allí lo hacen los demás. San Pablo escribía a los cristianos de Efeso que por haber aceptado a Jesucristo como único Salvador ellos tenían ahora un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios, y Padre” (4,5). En Hispanoamérica, con su hermoso conjunto de naciones, podríamos enorgullecernos del tesoro que tenemos gracias a la Evangelización de “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre” y un solo idioma para entendernos con El y para entendernos con nosotros mismos como verdaderos hermanos.

Da un tanto de pena que el primer intento de valorar con un criterio científico el arte hispanoamericano lo hiciera un norteamericano, Sylvester Baxter en un precioso libro publicado en el año 1901. Mucho impresionan los restos de los soberbios templos aztecas, mayas, edificaciones chibchas y de modo singular lo que ha quedado de construcciones propias en el

incanato quechua. Pero la Evangelización nos legó la bella catedral gótica de Santo Domingo con otros templos en esta ciudad de la República Dominicana que hacen cierta la afirmación de que si ese arte ojival nace en la denominada isla de París en Francia y abarrota en suelo español, algo menos el italiano y más en Inglaterra y Alemania, etc., el gótico no muere en España, muere en Santo Domingo. Preciosidad y grandeza hay en las catedrales de México, Puebla, Guadalajara, Mérida o en los templos conventuales de Puebla y Oaxaca con sus capillas de la Virgen del Rosario, que parecen antesalas del cielo. Con acento conventual, al lado de su barroca catedral, puede admirarse el lindo artesonado de Santa Clara en La Habana. O la hermosura catedralicia de Santafé de Bogotá y de sus conventos digna y sabiamente restaurados que, con la capilla del Rosario de Tunja, saben proporcionarnos una sensación de cercanía de Dios. Majestuosos son los monasterios y la espléndida catedral de Lima, que nos trae entre voluntad de incienso cada mañana un penetrante olor de siglos en cualquiera de sus detalles, o la sin par graciosidad y encanto de esas mismas edificaciones en la imperial ciudad de Cuzco —Meca del arte de América entera— donde tan íntimamente se hermana el arte quechua con el cristiano.

Pero el lugar donde cualquiera se extasía buscando un punto más donde posar sus ojos es en Quito. Sobrecoje el templo de La Merced; pasman los retablos y cubiertas de la iglesia conventual de San Francisco —calificado su monasterio por alguien como “El Escorial de los Andes”—; a la fuerza, sin embargo, el visitante ha de enmudecer contemplando el

interior del templo de la Compañía de Jesús. Aquí el techo está cubierto con finos zarcillos dotados con un oro tan brillante como si lo acabaran de dar. Retablos se ven donde la filigrana de la gubia parece que se recrea en minúsculos adornos, relucientes por el buen oro, que producen la impresión de un puro encaje aurífero. Fue obra de indios, como de indios son los originales y maravillosos púlpitos de San Cristóbal de las Casas en Chiapas, o de San Francisco de Popayán, o los de los templos mencionados más el de Guápulo en Quito, y el más sublime de todos, el de la parroquia de San Blas en el Cuzco, esculpido con tanta destreza como paciencia y perfecto arte por el indio Juan Tomás Tuiro Tupa.

Toda esta grandeza artística, como la de orfebrería en Potosí, donde pueden enumerarse 18 maestros, entre indios y negros, de excelente calidad en los diversos objetos que fabrican.

En cada ejemplar de cosas que he señalado, dejaron ellos lo mejor de su destreza, de su amor, de su creatividad, de su vida, para que hoy sean pasmo de turistas y estudiosos propios y extranjeros.

EL ESFUERZO QUE LA EVANGELIZACIÓN SUPUSO PARA ESPAÑA.

Pienso que la empresa de América más que enriquecer a España la empobreció, hablando en general. Muchos caudales en oro, plata, cobre, perlas, coral y en tributos y diezmos llegaban a la Casa de la Contratación de Sevilla provenientes del Nuevo Mundo, pero muy pocos son los que se fijan adonde iba a parar ese numerario dadas las continuas guerras que

entonces España mantenía en casi todo el teatro de Europa, como también muy pocos son los que reparan en que la Corona pagaba el viaje marítimo de todo el clero y su manutención hasta llegar al puerto o lugar adonde iba. Gastos con la Curia Pontificia de Roma para erigir diócesis americanas o elevarlas de categoría. Gastos por los nombramientos episcopales. Gastos para sostener el culto o ayudarlo por otros conceptos. Gastos por las once Reales Audiencias y dos que se crearon en el siglo XVIII y su burocracia en edificios de carácter civil o de fortificación. Gastos de pensiones a viudas e hijos de funcionarios fallecidos en Indias. Gastos para sostener la dotación de cuarteles opresidios anexos a las Fortalezas. Gastos para mantener Casas de Huérfanos o de Expósitos, etc., etc.

Pues bien, la Evangelización misma de América costó también un gran esfuerzo a España de otra clase. Me refiero al personal misionero que salió de los monasterios y de gran parte de las diócesis de esta Madre Patria. Los buenos misioneros iban siempre con sincero y buen deseo de llevar el conocimiento de Jesucristo a los que serían sus oyentes, afrontando y superando los enormes obstáculos que esa tarea de la cristianización exigía en sus nuevos puestos: moderar la dureza de trato de los encomenderos con los indios a base de ruegos y súplicas, buscar la forma de elevar solicitudes a las autoridades para eximir de tributación a los indígenas en años malos —siempre la Corona respondió positivamente a estos reclamos exonerativos— y prodigar ayuda y consuelo a los familiares del aborígen que por turno y obligatoriamente había de ir a la mita.

España siguió dando obispos, sacerdotes y segla-

res a nuestra América y continúa dándolos hoy. Pero ya en el siglo XVII se nota a plenitud un cambio: casi todos los obispos del Nuevo Mundo ya no vienen de la metrópoli, sino de la misma América, pues por costumbre que libremente adopta la Corona, ésta nombra obispos a “criollos”, es decir a sacerdotes nacidos y criados en América que eran hijos, nietos o biznietos de españoles. Lo cual, a mi entender, representaba ir paulatinamente “americanizando” a la misma Iglesia de América y “desespañolizándola” pacíficamente antes de las Independencias.

Otro esfuerzo que hubo de hacer España en pro de la Evangelización estuvo en las erogaciones que hizo para dotar a catedrales, diócesis, seminarios y monasterios, no sólo los libros litúrgicos sino también los de ciencias eclesiásticas de manera gratuita.

No sólo fue la obra tesonera de los misioneros o seculares colaboradores sino una obra de enormes esfuerzos, de grandes aliento y de recibir continuo apoyo financiero de la Corona para que esas energías evangelizadoras se pusieran en función de su elevada meta, aunque esto supusiera siempre lo que vale más que todo, el desgaste y consunción de muchas vidas puestas sin condiciones al servicio del evangelio, de la Iglesia y de Cristo.

PRIMERAS UNIVERSIDADES DE AMÉRICA.

Gracias a la gesta evangelizadora la Iglesia por medio del Papa o el Monarca se sienten movidos a crear centros universitarios en el suelo americano para evitar los gastos y riesgos del largo viaje a través del Atlántico y lo que suponía el mantenimiento del Estudiante en España. Sin embargo, en el siglo XVI y XVII son bastantes los jóvenes que acuden a las aulas

de Salamanca y de Alcalá de Henares, de Sevilla, Sigüenza u Osuna para cursar sus carreras de Derecho, Medicina y Teología.

Santo Domingo tiene el honor de contar en sus anales la creación de la primera Universidad que hubo en el Nuevo Mundo, gracias a la liberalidad del Papa Paulo III. Este Ilustre y Supremo Pontífice expidió la bula “In Apostolatus Culmine” a petición del Provincial y frailes del Convento dominico de Santo Domingo, el 28 de octubre de 1538, dando así nacimiento a una institución del más alto nivel académico que jugaría un relevante papel en la formación profesional de abogados, médicos, canonistas, teólogos y graduados en Artes. Contó con magníficos catedráticos, cuyos nombres sería tedioso citar. Pero acudían a sus aulas estudiantes provenientes de las demás islas antillanas y de tierra firme.

Por Real Cédula del rey Carlos I se instituye la Universidad de San Marcos en Lima, el 12 de mayo de 1551, y bula papal en 1571.

También el 21 de septiembre la majestad de ese mismo monarca crea la Universidad de San Pablo de Méjico con un cuerpo de eximios profesores.

Mas para no prolongar demasiado mi intervención, bastará decir que en el siglo XVI incluyendo las que hemos mencionado, se fundan 7 universidades, 13 en el siglo XVII y 2 (la de San Jerónimo de La Habana y la de Santa Rosa de Lima de Caracas) en el siglo XVIII.

Esto implica bien a las claras que el cultivo de las Letras y Ciencias formó parte del proceso evangelizador en aquel tiempo, ya que el Evangelio bien entendido y comprendido estimula la vida intelectual y moral de las sociedades.

REACCIÓN INDÍGENA FRENTE AL EVANGELIO.

Sabemos por lo ocurrido en la isla Española al comienzo de la invasión del hombre europeo en ella, que sus aborígenes comenzaron a rechazar la predicación del Evangelio al ver sus tierras ocupadas inexplicablemente por aquellos forasteros. Esa actitud del taíno se agravó cuando Colón le impuso pagar a la fuerza el tributo de un cascabel relleno de granitos o polvo de oro por cabeza sin distinción de habitantes en zonas auríferas o no. A esto se agregó enviar taínos en calidad de esclavos a España para ser vendidos acá, tráfico que duró hasta la prohibición de los Reyes Católicos por este comercio inhumano e injusto.

La aceptación del Evangelio por esos mismos indígenas parece ser que comenzó salvo caso de ciertas familias que enumera Fray Ramón Pané en el 1500, cuando los nuevos franciscanos unidos a tres de sus hermanos que antes habían estado en La Española hablan de que entonces se han convertido de 2,000 a 3,000 taínos.

En un principio, a lo largo de toda la geografía americana, el indio queda traumatizado ante la desconcertante unión de la espada y el Evangelio, aunque posteriormente llegara a comprender un poco que en cada buen misionero estaba su refugio, su apoyo, su derecho y su fortaleza moral para resistir como sujetos de una cultura propia, con sus usos, costumbres y tradiciones.

Muy fuerte fue la resistencia indígena contra los invasores, hasta el punto de que a lo largo de tres siglos apenas hay lugar donde por una causa u otra surjan focos de rebelión.



Suerte era que los evangelizadores llegaban, no como capellanes de la hueste armada, sino un poco más tarde como predicadores de un mensaje de una Buena Noticia que también era destinada para ellos.

Iniciábase la catequesis para adultos en la lengua misma de los indígenas cuando esto era posible; de lo contrario, el misionero mientras construía su rústica choza y buscaba su comida iba aprendiendo la lengua de aquellos aborígenes. La catequesis con los niños solía ser más fácil y menos expuesta ante la hostilidad de sus chamanes y curanderos.

A medida que el evangelizador iba manejando con mayor cultura el idioma vernáculo de la tribu, comenzaban las explicaciones catequéticas para los adultos. Debían contener ideas claras, repetidas una y otra vez con idénticas palabras y hacerlas más y más comprensibles a través de comparaciones adaptadas a su inteligencia. Mucho fue el trabajo que en esto se gastó, pero también pronto se veía el fruto que iba dando.

Las escuelas rurales que el misionero formaba constituyeron su mejor auxiliar para lograr su meta cristianizadora, ya que los niños bien preparados solían influir más o menos en sus padres y en la comunidad.

Existen numerosos testimonios manuscritos de evangelizadores que hablan peyorativamente de sus evangelizados: son torpes, distraídos, perezosos, poco inteligentes, apáticos, con escasa retentiva, casi carecen de higiene e inconstantes en gran manera.

Pero ante testimonios de esta índole hay que someterlos a revisión: quién lo dice, por qué, cuánto tiempo lleva en esa labor y si no procede su visión negativa de

expectativas demasiado grandes que se han deshecho por falta a veces de paciencia, celo y generosidad.

En cambio otros tantos testimonios como aquellos declaran que los indígenas aman al misionero, les gusta la catequesis, cooperan con él en las tareas que tiene, se les nota atentos, activos, inteligentes, que fijan en su memoria lo aprendido y lo repiten con exactitud, siendo además generosos y serviciales hasta lo último.

Que la fe fruto de la Evangelización, penetró en un sinnúmero de indígenas buenos, es que se ha mantenido en sus poblados y lugares hasta nuestros días, aunque se diga que son sincretistas. Pero los aborígenes saben expresar sus sentimientos religiosos a su propia manera, continúan creyendo en Jesucristo como su único Salvador y en Dios como Padre y Creador, y no estará de sobra advertir que muchos cristianos civilizados en nuestros mismos días son tan sincretistas o más que los propios nativos americanos.

Los misioneros llenaron de cristianismo aquella América nuestra predicándole con los medios y métodos que a cada misionero le pareció más aceptables, ya que ellos veían con sus propios ojos que los indios no son homogéneos, sino muy heterogéneos y diversos.

No queremos entrar en la crítica de sus medios y métodos para obtener la conversión de los aborígenes, ni tampoco en el problema de si los evangelizadores fallaron o no en la aplicación de tales métodos y medios. Como muy bien ha dicho un historiador: "Se trata de temas que no sólo son discutidos ahora sino que lo fueron ya entonces" desde el mismo siglo XVI. "Por una parte desconfío bastante de tales críticas: de las de hoy, por estar casi siempre fundadas en datos

muy incompletos de la realidad que en cada caso encaraban los misioneros; y de las coetáneas de los hechos, porque las más duras suelen proceder de quienes hicieron muy poco o no hicieron nada de labor misional.

“Otras veces se trata de lamentar deficiencias que doy por descontadas. Creo del todo verosímil que la idolatría no fue extirpada por completo, que la catequesis tuvo fallas, que no todos los misioneros se esforzaron cuanto debían en el estudio de las lenguas o que muchos no tenían capacidad para ello. Y así en otras cosas. Pero decir que la Evangelización no fue —ni es— perfecta, me parece una auténtica perogrullada, ingenua e inútil”.

La mejor prueba de hecho de que la Evangelización de ayer entró en la conciencia de los indígenas es que cuando muy pronto se cumplan los 200 años de que España abandonó sus puestos misionales, los aborígenes no han vuelto atrás, ni a sus idolatrías, cultos y creencias, sino que firmemente perseveran y crecen en la misma fe que hace 500 años les fue anunciada para gloria de Dios, gloria de la Iglesia y gloria de España.

